

¿QUE HA SIDO Y QUE ES EL PARTIDO NACIONALISTA VASCO?

EZ-BAIKA

José Luis ALVAREZ ENPARANZA «Txillardegui» / Escritor y lingüista

Arboles y magma

RECURSO manido, y seudo-ecológico además, ése de «los árboles y el bosque» con el que pensaba iniciar estas reflexiones. Lo grave no es que la multiplicidad de los árboles impida ver el bosque vasco, sino que estamos enfangados hasta la cintura en el informe magma público vasco que nos han traído Madrid (en contubernio con París, por supuesto) y sus fieles servidores de la Delegación autonómica, bi-céfala y semi-vascoide, de Vitoria-Pamplona.

El caos magmático, político-ideológico y profundísimamente desmolvilizador, que ha llevado a nuestro pueblo a la desilusión y al cinismo, nos impulsa a hacer un breve alto para reflexionar en voz alta.

Hace todavía 20 años (y más hace 30 o 40) los vascos que «se metían en política» no lo hacían, evidéntisimamente, pensando en lograr un medio de vida seguro en una especie de canonjía laica. El único emolumento con que se premiaba a los que se «metían en los políticos» era la cárcel. Esta lúgubre perspectiva garantizaba una gran pureza en los móviles que llevaban a los militantes a luchar clandestinamente en organizaciones políticas y sindicales.

En aquellos vituperados años la gente se metía en las organizaciones políticas ilegales por vocación, aun cuando esta palabra pueda provocar una sonrisa socarrona en los medios seudo-pragmáticos que padecemos.

«Meterse en política» no era entonces un chollo. Ahora sí, con demasiada frecuencia. He aquí lo que nos ha aportado «el cambio»: que «la política» se haya convertido en un chollo para centenares de mediocres. La aceptación del famoso «marco legal», y la colaboración en el funcionamiento del mismo, se premia ahora con seguridad salarial, enchufes, créditos especiales y honores mediáticos. «Meterse en política» es hoy una actividad rentable.

Aunque, por supuesto, hay que hacer política en el «bando bueno». Es decir, en el bando de los partidos que mandan. Y en el aparato político-administrativo que ellos controlan. Análogamente, es obvio decir que «meterse en política» sigue siendo fuente de disgustos y de frustración, hoy como en 1950, cuando se escoge mal el bando (algún malicioso diría «bando») al que se van a prestar los servicios de colaboración (vuelta al subrayado).

Hablando más claro: meterse hoy en política *batasuna*, anarca o insuñimisa, es un error garrafal. Para «hacer política», hay que colaborar con Buesa y Arzalluz. Esto es hacer política-política. Lo otro es soñar. Mejor dicho: lanzarse a un insomnio pertinaz mezclado con pesadillas.

Justamente, a mi regreso de 16 largos años de exilio, en 1977, ésa fue una de mis sorpresas mayores. Descubrí que existía ya gente tecnocrática que se planteaba abiertamente su porvenir personal como profesionales de la política oficial. Gente que hablaba a troche y moche de informes en DIN A4, de sueldos fijos institucionales, de gestión del dinero público. Muchas veces se trataba de las mismas personas que se habían mostrado reticentes durante los años de la clandestinidad. La sorpresa era aún mayor en quienes provenían de la clandestinidad militante y arriesgada de ETA. «Vivir de la política»... (?).

Naturalmente que el quehacer público, llevado con honestidad, es un

quehacer digno, difícil, ingrato, merecedor de todos los respetos. Pero la facilidad con que muchos se disponían en 1977 a dedicarse a la «política» *full-time*, suscitaba insuperables suspicacias. (Ahora ya menos: estamos acostumbrados).

La crisis general de las ideologías explícitas (con doctrina pública, autores admirados, una estrategia bien pensada) ha afectado sobre todo a la izquierda. Pero apenas ha afectado a la derecha y a sus ideologías implícitas, no por menos visibles, menos decisivas en la actualización del juego político real.

También otros valores básicos en la dinámica socio-política, como la religión y la nacionalidad (y nada digamos de las pulsiones netamente irracionales) han salido indemnes de la crisis. La consecuencia ha sido clara. Los partidos de derechas son hoy partidos de dos dimensiones: una es el nacionalismo «apolítico», conservador; y la otra el egoísmo vulgar, con una praxis patrimonial de la cosa pública. Y los partidos de izquierdas, privados de su sostén ideológico, se han convertido en sección bis de los partidos de derechas; pero con jerga izquierdosa.

Traducido esto al ámbito vasco, el panorama se aclara enormemente.

Todos los partidos españoles (o franceses en el Norte), con ámbito de actuación geográficamente vasco, son hoy, ante todo y sobre todo, partidos que se definen por su nacionalismo español, anti-vasco a ultranza, y cuyos líderes tratan de patrimonializar todo lo público que cae en sus manos. En cuanto a los partidos llamados «vascos» (aquellos que los catalanes llamaban «no-sucursalesistas» en 1975), también están gravemente afectados por la crisis general.

La izquierda vasca anti-abertzale, que disfraczaba EE, ya ha terminado su periplo: es parte del PSOE, cuya imagen trata de vasquizar (?).

La derecha vasca (PNV), de afirmación nacional vasca débil, es objetivamente española (en aspectos sociológicos e ideológicos fundamentales), y está irresistiblemente atraída por el PP.

Al ser en él cada vez menor la barrera teórica vasco-española (por ser cada vez menor la barrera lingüístico-cultural que la fundamentaba), el EBB no puede (ni quiere) oponerse al acercamiento total y definitivo del partido de Arzalluz al de Aznar. La meta final del periplo es, y no puede ser otra cosa, la disolución de la rama «regional» en el partido central (como ha hecho ya UPN). Arzalluz admira en secreto a Onaindia, porque sabe que es su precursor estricto. El PNV es al PP, lo que EE era al PSOE. Como diría un matemático.

Queda EA en la derecha vasca no-sucursalista. Creo que es

El PNV sabe que es un tinglado de transición, tipo EE, y que al final, pero no hoy, su meta es el PP. Ardanza y Allí son como hermanos gemelos, pero disimulan porque representan fases distintas del mismo proceso

inexacto e injusto decir que EA y el PNV «son lo mismo». No lo son. Como se ha visto, por ejemplo, cara a Ajuria-Enea, a la Auto-Determinación, e incluso cara a HB. Garaikoeitea, que no es Monzon, tampoco es Arzalluz. Pero EA no ha lanzado todavía por la borda el lastre peneuvista originario; es decir, sus ambigüedades, sus vacilaciones, su obsesión anti-ETA, ni el españolismo implícito característico de los jeldikes oficiales.

Queda así, prácticamente sola, la izquierda abertzale. Aquejada todavía de contradicciones e inconsecuencias, incapaz de decir «no» definitivamente al «socialismo real». Pero izquierda y abertzale, al fin. Que no es poco. Y vacunada, parece que definitivamente, contra todo «estatalismo» seudo-izquierdista.

Este es el panorama, me parece. El PNV y el PSOE se entienden, y se seguirán entendiendo, por razones profundas, ligadas a todo lo que llevamos dicho. Lo cual no quiere decir que un pacto PNV-PP sea improbable.

Es falso que haya contradicción nacional entre el PNV y el PSOE. El PNV, más aún desde la escisión de EA, es un partido profundamente español; con deseos irrefrenables de «gobernar», como sea y con quien sea, en todo el Estado español.

Justamente: ahí nos ha salido la palabra clave: «gobernar».

El PNV quiere «gobernar». Está preocupadísimo por la «governabilidad» del Estado. Es un partido que prepara «governantes». Y «gobernar» quiere decir, en el PNV, administrar la legalidad vigente.

El «governante», a la derecha de Monseñor Escrivá de Balaguer, es un hombre que acepta definitivamente el orden establecido, y que, desde sus instituciones, dispone, manda, distribuye (dinero o prebendas), encarcela, apalea, o pacta. Eso es un partido que «sabe hacer política».

El otro, el militante, el que sigue luchando desde abajo, en la impotencia, en la miseria financiera, por cambiar las cosas, por conseguir otra legalidad, por otro marco institucional en el que se reconozcan nuestros derechos, es un *gitipollas* anacrónico. Porque hacer política es «gobernar». Punto.

Lo que le amarga al PNV es que sólo tiene votantes en Bizkaia, y pocos en Araba y Gipuzkoa. Que no puede «hacer política» ni en las Vascongadas. Ahora bien, cuando no hay principios políticos explícitos, sólo funciona el nacionalismo real (implícito, muchas veces) y el patrimonialismo barato.

Como el PNV no es un partido nacionalista vasco, sino un partido regionalista político-bancario, lo único que hoy interesa a los buruquides es el pastel a repartir: dinero público, negocios de financiación

semi-pública, chanchullos, máquinas traga-perras, viajes fantasmagóricos de finalidad oscura. Al PNV le ha llegado la hora de actualizar su sigla: PNV S.A.

El problema es que el PSOE también mira al mismo pastel...

Pero el PSOE y el PP no tienen complejos. Quieren el pastel, pero desde un nacionalismo español cada vez más virulento y descarado. El PNV no, porque sabe que es un tinglado de transición, tipo EE; y que, al final, pero no hoy, su meta es el PP. Ardanza y Allí son como hermanos gemelos, pero disimulan porque representan fases distintas del mismo proceso.

Al EBB las ikastolas, la promoción del euskera, los modelos escolares... le importan literalmente un rábano. Por la simplísima razón de que no constituyen parte del pastel financiero arriba citado, sino, al contrario, fuente de mil disgustos provocados incesantemente por los «radicales».

Nada digamos de la Auto-Determinación. Ésa es una reivindicación impresentable ante nadie con vocación sería «de gobernar». La Auto-Determinación no es parte del pastel, por consiguiente sobra en las filas del PNV S.A.

Una auténtica oleada de parásitos españoles, alérgicos a todo lo euskaldun, que apenas disimulan sus verdaderas intenciones de lucro, de nepotismo y de mercantilismo de baja estofa, se ha hecho con las riendas del aparato jeldike, llevando a la minorización a los últimos abertzales del partido, y a la impotencia a todo movimiento vasco en que el PNV tuviera influencia.

La Ertzaintza (con «i») es otra cosa. Es el órgano «à poigne», como dicen en francés, cuya misión es impedir que el pastel pueda ser malogrado por culpa de los «revoltosos». Ertzainas, berrozis, funcionarios autonómicos... constituyen una sana base de respeto a la legalidad vigente. Atutxa, primero en la lista de elegibles.

Pero un partido tecnocrático, alienado, tiene que preocuparse muy mucho de sus electores, para poder seguir controlando el pastel autonómico. Por razones estrictamente electorales, el PNV tiene que mantener su rostro alienante tradicional, sobre todo después de haber compartido lecho durante lustros con el PSOE. Porque sin votos el tinglado para gobernar se vendría abajo. El PNV necesita votos.

Y es ahí donde interviene la mano izquierda de Arzalluz. Es él el artífice fundamental del camuflaje actual. Maestro consumado en la mentira sistemática, jesuita renegado, ha sabido engañar a sus votantes —con discursos como el último de Salburua, o como los anteriores aludiendo al factor Rhesus— y practicar simultáneamente una política pura y simplemente española que sonrojara incluso a sus antecesores carlistas. Sólo la estulticia del votante PNV puede explicar que un montaje de tipo bananero pueda tener vigencia en la Euskal Herria actual.

Lo grave es que mucha gente abertzale, muchísima, descorazonada por el impasse españolista impuesto por el EBB, se haya perdido para la causa en años que han sido cruciales para nuestro futuro. El magma nos ha llevado a eso concretamente.